## XVI.

DE propósito he dejado para lo último la poesía que, á mi juicio, es la mejor de Roa Bárcena. Bella en el fondo, correcta en la forma, severamente histórica, terríficamente poética, profundamente filosófica, de entonación profética, é inexorablemente fatídica, vivirá, vivirá gloriosa siglos después que el poeta, y aun sus otras poesías, se hayan convertido en polvo y ceniza.

### "LA NOCHE DE QUERETARO.

*Horresco referens.*

«¡Silencio grave, oscuridad sin astros
Y tristeza y horror! Mi fantasía
De vasto monasterio el negro domo
Ve dibujarse en la tiniebla fría.»

Es el convento de la Cruz, cuartel general del Emperador Maximiliano. Con pocos rasgos pinta el autor el cansancio, la fatiga, las dolencias de las mermadas tropas que allí velan, vencidas no; pero



extenuadas por las prolongadas vigilias del campamento, y los largos días de penoso sitio. Desechadas las propuestas de honrosa capitulación presentadas al General enemigo por el augusto Jefe de los sitiados, se prepara una salida en que se jugará el todo por el todo; pero en la cual nueve mil hombres decididos, pueden muy bien abrirse paso á través de cuarenta mil, que en las recientes batallas han dado pruebas de no ser de hierro. Mientras llega ese momento, todos están alerta, y tienen

«. . . . . abocados los cañones
Hacia el llano y la hoguera, que muy tarde
Del sitiador entre las tiendas arde.»
«Mas ¿qué débil rumor, con el ladrido
De los infaustos canes, interrumpe
Silencio y calma? De la aciaga noche
Entre las sombras, surge otra más negra
Cual la del falso apóstol. . . . . .»

El enviado del Emperador, no pudiendo conseguir nada para su augusto Jefe, empieza á trabajar por su propia cuenta. Abre sus oídos á las lisonjeras palabras del sitiador, que lo declaran salvador de la patria si entrega la plaza, y fácilmente lo persuaden de que tal acto no es traición sino rasgo sublime de verdadero patriotismo. Treinta talegas que se hacen brillar á sus ojos acaban de convencerlo, y se tranquiliza su elástica conciencia, con la promesa, que no se cumplirá, de que podrá escapar el Emperador.

«.....Sus pasos sigue,
Brotando cual torrente
Que hincha lluvia otoñal y espesa el limo,
En pelotones la enemiga gente:
Cerca y sujeta á las dormidas guardias,
Y retira y convierte los cañones
A la ciudad, y grita en voz siniestra
El arma al descansar: *La plaza es nuestra.*
«Reposa arriba el Jefe, cuya mano
Cetro imperial que la impericia propia
Y el golpe del rencor republicano
Hicieron polvo, con guerrera espada
Que brillará en la historia substituye.

.....

Cuando una voz amiga le despierta
Del propio pabellón bajo el abrigo
Clamando: *Está en la Cruz el enemigo.*
«El no distante acero
Ciñese al punto y sale en grupo breve
De fieles y esforzados servidores
Sin demudarse ni temblar, sin ira,
Resignado al destino,
Surgiendo sobre todos su estatura
Cual surge entre los árboles el pino.
El paso no le estorban
Guardias ni centinelas.....»

No, no se lo estorban en verdad. Un resto de pudor y de vergüenza mueven al émulo del traidor discípulo, y al que imitando á los Escribas de antaño aprontó los treinta dineros, á dejarle libre el paso hasta el Cerro de las Campanas donde brillan aún mil bayonetas y aparece



«.....plantada su bandera.
La empuñará, y en renovadas lides
Vencerá ó morirá.....Pero ¿y las huestes
Qne ciñen ese monte
Cerrando en negra nube el horizonte
Que en fuego destructor relampaguea,
Y ruge y truena ya?....Pero ¿y la sangre
Del grupo fiel vertida inútilmente?»

*¿Vertida inútilmente?*..... ¡Ay! Ese grupo fiel, mejor conocedor que el Hapsburgo, de la índole de sus enemigos, habría agradecido al Monarca que en vez de izar la bandera de parlamento, se lanzara con él al encuentro de las huestes contrarias, á perecer con gloria en el campo de batalla. Habría ahorrado á todos aquellos valientes las humillaciones, los oprobios, las vejaciones de que todos fueron víctimas, habría impedido que para muchos y para Él mismo se levantaran afrentosos cadalsos, y aun al propio enemigo habría proporcionado la ocasión de gloriarse de haber tomado la plaza por asalto. ¡Quizá por esto lo dejaron salir de *la Cruz!* Pero el noble Príncipe, que á todos juzgaba por el temple de su propia alma generosa, tenía un concepto muy alto de sus queridos mejicanos, y ni un momento soñó en los inauditos acontecimientos que iban á seguir á

su rendición. Pero si no como Romano, murió en el patíbulo como héroe cristiano.

«Y su alma limpia y cándida cual lirio
Voló á Dios con la palma del martirio.
«¡Lección dura y sangrienta
A quien las riendas del imperio empuñe
Sin alto dón de imperio!
A todo pueblo iluso
Que, viéndose á la orilla del abismo,
Vigor de salvación no halló en sí mismo
Y en otros pueblos su esperanza puso!»

Estos últimos magníficos versos han merecido universal aplauso, y más todavía que nosotros los han elogiado nuestros adversarios. De todo corazón uno mis propios aplausos á los de la generación que ha pasado desde que se escribieron. Pero descendiendo de la teoría á la triste realidad, me pregunto: ¿qué debe hacer el Príncipe, nacido sobre el trono, cuando descubre que carece de *ese alto dón de imperio?* ¿Deberá imitar á los Presidentes de los Estados Unidos, que abandonan tranquilamente el poder, cuando al terminar el segundo período presidencial, ó quizás el primero, comprenden que ya no los acaricia el aura popular, y que les vuelve la espalda su propio partido? ¿Debió el Emperador Maximiliano abdicar, al retirarse las tropas francesas, y seguir el camino que había emprendido hasta Orizaba? Los que de allí lo persuadieron á volver á la Capital, juzgaron que habría sido gran felonía el retirarse, dejándolos expuestos al furor republicano. Se engañaron. Más expuestos quedaron después de Querétaro, y más tuvieron que sufrir. Pero el Príncipe cumplió su deber, lidiando y muriendo como bueno. Bien hizo su augusta Madre, la heroica Archiduquesa Sofía, en detenerlo en medio del camino de Veracruz, y en recordarle que un Hapsburgo no podía resignarse al papel de *procónsul* de Napoleón. Con alto dón de imperio, ó sin él, tenía que defender su corona con la punta de su espada, y no soltarla sino con su cabeza.



La historia trazada por Roa Bárcena en *la Noche de Querétaro,* con insólito brío y arranques de águila, es la que se supo el mismo 15 de Mayo de 1867, y la que el *mundo todo* ha conservado en la memoria, á pesar de los esfuerzos por borrarla, y dar á la compra–venta de la plaza la apariencia de espléndida victoria. Hoy, lo mismo que entonces, son absolutamente verdaderos las versos con que termina la oda sublime:

*«Sobrevive el horror de tal entrega,*
*Sobrevive el fulgor de aquella espada.»*

---

## XVII.

«AL que los dioses aman, muere joven,» decían los antiguos. Los cristianos, por el contrario, consideramos como bendición del cielo una vida larga. ¡Pero cuántas penas y amarguras trae consigo esta bendición! No es la menor la de ir viendo desaparecer uno á uno todos los seres queridos, é irse quedado solo y aislado en el mundo, teniendo que exclamar á cada paso, como cuando empezaron los desastres de Napoleón: *se va la antigua guardia*.

Tal acaeció á Roa Bárcena en su largo camino de más de ochenta años. Leemos en sus poesías, que acabamos de recorrer, los flébiles versos á la memoria de su primera esposa, de sus padres, de su hermano. Le tocó ver morir á la segunda, y dar el último adiós á muchos de sus íntimos amigos, mayores y menores que él mismo. ¡Qué mucho que el des-



aliento fuera creciendo con los años, y que en sus últimos días nada encontrara bueno en este mnndo, ya se tratase de las maravillas del progreso moderno, ya de la literatura ó la ciencia, ya de la marcha moral de la sociedad, ó de los principios que gobiernan las naciones!

Hubo, entre todos, un acontecimiento que lo abatió por completo. El 4 de Febrero de 1906 falleció la viuda de Teresa, Susana Pesado. Fué un golpe para la sociedad de Méjico, de que era joya preciosa, para los pobres que socorría con mano tan generosa como oculta; para sus deudos que la adoraban. Pero para mí, que la veneraba como hermana mayor, para Roa, sobre todo, de quien había sido patrona y protectora, y tabla de salvación en su naufragio, resultó su muerte una pérdida irreparable. Perdía no sólo á la amiga de toda su vida, á la hija de su maestro, el poeta Pesado; sino también la sociedad de literatos y de amigos que en el despacho de la casa de la Viuda de José de Teresa é Hijas, hallaban siempre á Roa, y formaban con él constante academia. A la Mejicana dejaban de asistir sin escrúpulo ni sentimiento; pero al despacho de Roa Bárcena, jamás. Con la muerte de la Señora se cerraron casa y despacho, y se disolvió el grupo académico, pues ya no era seguro encontrarlo, lejos de aquel centro de todos tan conocido y de acceso tan fácil.

Desde entonces se empezó á notar más y más su

desánimo y declinación; aunque sacando fuerzas de flaqueza hacía gala todavía de caminar solo y sin guía ni compañero por la Capital y sus alrededores. El sábado 1.° de Agosto de 1908, estando yo próximo á partir para el Congreso Eucarístico de Londres, me visitó en mi alojamiento en Méjico, y como de costumbre, recordamos tiempos pasados, censuramos los presentes, y hablamos de bellas letras y de sus cultores. Fué la última vez que lo ví. Menos de dos meses después, expiraba mi buen amigo en el Señor, cristianamente como había vivido, sin haber jamás desmentido con los hechos lo que había proclamado en verso y en prosa. No es á mí á quien toca describir su elegante persona, gallarda en la juventud, atildada aun en la vejez. En cuanto á su alma, él mismo la deja ver en sus obras, tanto en prosa como en verso; y yo he procurado poner de relieve las composiciones que con mayor ventaja la transparentan. Al retratarlo como literato, he procurado que mi cuadro no sea un mero bosquejo delineado con lápiz incoloro, sino una figura que resalte mejor con las ligeras sombras que no he debido suprimir.

Dejó al morir cuatro hijas: D.ª María de la Paz, casada con Don Antonio de Vértiz y Fagoaga, D.ª Josefa y D.ª Concepción, de su primer matrimonio, y D.ª Carmen, casada con Don Ricardo Ortega y Pérez Gallardo, del segundo.

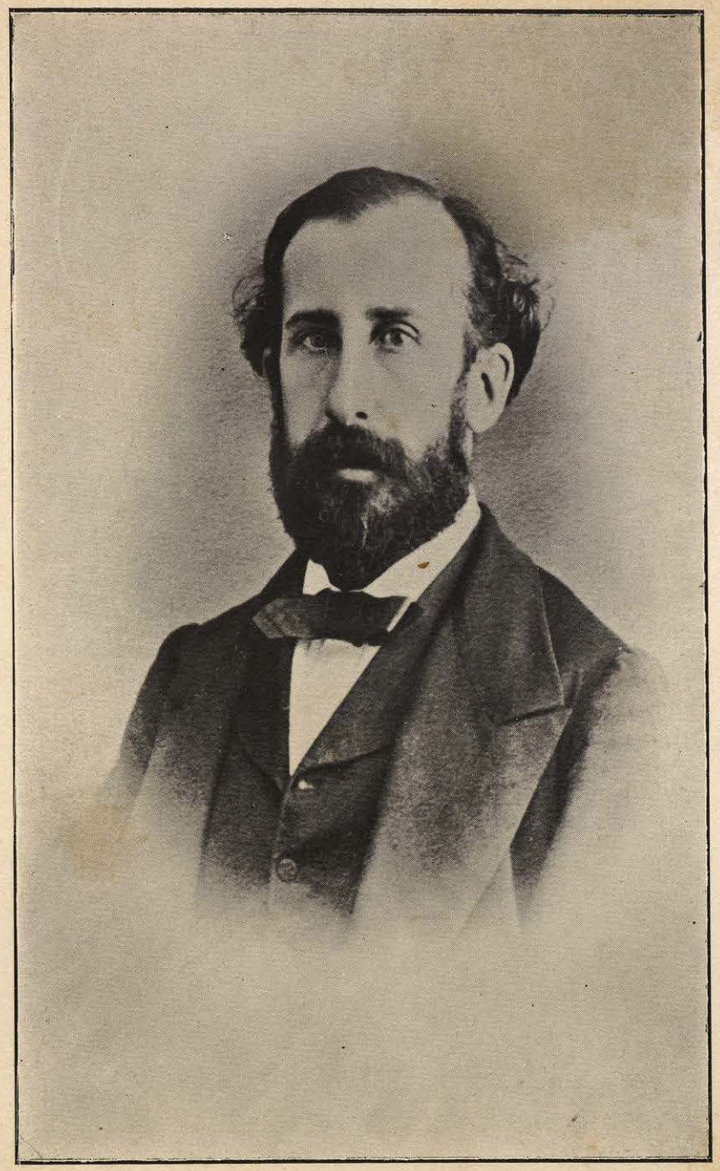
A ellas dedico y entrego este trabajo, en honor

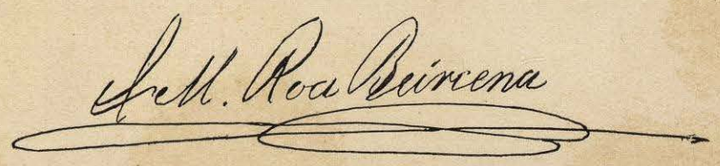


del egregio varón, del dulce poeta y del esforzado campeón de Dios y de su Iglesia, á quien ellas y yo profesamos tan profundo cariño, y cuya memoria vive igualmente en nuestros corazones.

San Luis Potosí, Abril de 1911.

**Ignacio Montes de Oca y Obregón,**
**Obispo de San Luis Potosí.**





(A LOS 30 AÑOS)

# LIBRO PRIMERO

## LEYENDAS